

CAPITULO IV.

INFLUENCIA DEL CLERO EN LAS CIENCIAS, BELLAS ARTES Y COSTUMBRES.

Nadie ignora que tambien las ciencias, las artes y las costumbres influyen poderosísimamente en la civilizacion de las naciones, y es demasiado conocido aquel célebre dicho de un antiguo escritor, que en el dia ha pasado á ser un axioma social: "que los pueblos se civilizan mas con la aguja que con la pluma." El órden de las materias nos pide hoy que tratemos de estos poderosos agentes de la ilustracion, que tanto impulso han dado al movimiento civilizador, y que han sido y son como los motores, el eje sobre que gira la máquina hermosa del mundo social, los guías que

la conducen á su perfeccion, y no podemos menos de consagrar el presente capítulo á poner de manifiesto los trabajos con que el clero, aquí como en las demas materias que hemos tratado, procuró ser útil á sus hermanos, y adelantar los progresos de la humanidad.

En la época que vamos narrando, el mundo, agitado por la discordia, habia descuidado las ciencias, la guerra era la única necesidad y los hombres abandonaban la pluma por la lanza: por otra parte, siempre las ciencias huyeron de la corrupcion, y el vicio jamas fué su compañero; y como la corrupcion y el vicio dominaban hacia mucho tiempo en el imperio, y como dejamos espuesto, la virtud parecia haber abandonado la tierra, de aquí resultó que nadie queria dedicarse al trabajo, porque todos encontraban mejor recompensa en la adulacion y bajeza, que en la laboriosidad y el mérito; así es, que la sociedad estaba minada, y el imperio que fundaron las virtudes republicanas y la austeridad de sus hijos, socavado por la disolucion, se asimilaba á un hermoso palacio que ostenta todas las bellezas del arte, pero que oculta, bajo tantos y tan variados primores que atraen las miradas de los curiosos, la debilidad de sus cimientos que el tiempo ha destruido, las lluvias minado, los huracanes desnivelado, y cuya magnificencia está pendiente del mas leve sacudimiento, porque no tiene ya consistencia para resistir.

El manto imperial bordado con el tributo del mundo, que había ceñido la reina del capitolio, no podía cubrir con su hermosura y riqueza la cara surcada, la debilitada naturaleza de la afeminada prostituta del Tiber: Roma había perdido con sus virtudes su valor, con su dignidad su ciencia, con su afeminación su nombre; aquel pueblo tan temido era el ludibrio de los bárbaros, y la que había crecido con la usurpación, por la usurpación moría; la ciudad invasora sufría las consecuencias de la invasión, y la que acostumbraba á oír las proposiciones de los pueblos por boca de sus reyes, arrodillados á los piés de sus cónsules y orgulloso senado, tenía suplicante que acudir á solicitar de las tribus salvajes del Norte, una tregua vergonzosa comprada con tratados humillantes unas veces, otras con cesiones ignominiosas, y todas con oro tan vil como las manos, que inertes para la espada, compraban con él la libertad que no sabían conservar, la dignidad que habían olvidado, la grandeza que habían prostituido, y la gloria que los legaron aquellos hombres ilustres que dejaban el arado para dictar la ley á los mas poderosos reyes, y que en los grandes peligros de la patria sabían acudir al primer llamamiento de ella y responder á los opresores: "La libertad no se compra con plata, sino con sangre y con el acero;" y quitando del peso la espada se la daban al general enemigo con aquellas heroicas cuan-

to breves palabras: "Disponéos para el combate ¹."

Pero aquellos hombres no existían; de sus hechos solo quedaba el recuerdo histórico, de sus virtudes la memoria, y de Roma el nombre; sus hijos degenerados todo lo habían perdido, de su gloria quedaba una sombra; y aquellos oradores, aquellos filósofos, aquellos poetas, aquellos políticos, habían sido sustituidos por aduladores; las ciencias, como los demas focos de ilustración, yacían amortiguadas, y las tinieblas de la ignorancia con su maléfico influjo, todo lo dominaban, todo lo confundían. Para demostrar su estado, y cuanto hizo el clero en su obsequio, habremos de reseñarle, aunque ligeramente, y así aparecerá mejor cuanto en las ciencias como en los demas ramos, hizo el sacerdocio cristiano por elevarlas á su dignidad y sacarlas de su abatimiento; de la comparación sale la verdad, y de los concursos la razón y la justicia; pongamos, pues, en evidencia el decaimiento de las ciencias y los trabajos científicos del clero, y entonces á su vista juzgaremos con presencia de causa, y yo espero que en habiendo imparcialidad y rectitud, el triunfo será de los sacerdotes y así cesará el apóstrofe con que se les insulta llamándolos enemigos de la ilustración, y en esto, como en todo, la falsedad y la calumnia se convertirá en honor y apología.

1 Palabras del gran Camilo á Breno, general de los galos.

Empezaremos nuestra obra. ¿Cuál fué el estado de las ciencias despues de la muerte de Juliano? El de decadencia. ¿Cómo quedaron á la irrupcion de los bárbaros? Reducidas á la nulidad. ¿Quién era el que podia elevarlas? El único que las cultivaba que era el clero, porque era el único que conservaba apego al trabajo, que tenia necesidad de saber, puesto que vivia en una lucha continua con los pocos gentiles que quedaban y con los herejes que por todas partes pululaban. El siglo era de combates, los de las armas se dirimian por los guerreros, los de la discusion por los sacerdotes.

Alterada como estaba la filosofia neoplatónica por la mezcla de las ciencias cabalísticas y de la teurgía, esperó llegar á su apogeo, merced á la proteccion de Juliano; mas con la vida de éste se desvanecieron sus esperanzas. Continuaba existiendo la escuela en Atenas, academia de lujo, en medio de las que tenian un objeto de utilidad, y quedaba como una antigua ruina entre instituciones mas recientes, desde que las musas se habian despedido de la patria de Sófocles. La tradicion, manantial de los conocimientos de los cabalistas, habia sido adoptada por los neoplatónicos, quienes imaginaban una cadena de maestros que se habian trasmitido de mano en mano las doctrinas secretas de los sabios primitivos. Interrumpida por Constantino, como contraria al cristianismo,

fué anudada por un tal Plutarco, sobrenombrado el Grande, á causa de su habilidad en reproducir las enseñanzas de Plotino, de Porfiro y de Jámblico.

Este inició á su hijo Hiero, á Arquíades su yerno, y sobre todos á su hija Ardepigena, que fué la depositaria de su secreto teúrgico; de ésta lo supo Proclo, discípulo de Siriano de Atenas, y de Olimpíodoro de Alejandría, que fué el que elevó á su perfeccion el neoplatonismo, y á quien su discípulo y panegirista Marino atribuye milagros y comercio con los demonios, y la sublimidad en la justicia, fortaleza, prudencia y templanza, que son las virtudes que constituyen la sabiduría. Proclo esplicó los misterios á Egies en tan mala hora, que no hizo caso de la enseñanza, fué infiel á la ciencia, y el neoplatonismo necesitó para no perderse de la viva fé de Isidoro de Gaza, que lo comunicó á Zenodoto y á Damascio, que con su buen juicio y erudicion lo preservó de su ruina, en ocasion que Justiniano, creyendo aquella enseñanza hostil al cristianismo y peligrosa á la sociedad, la proscribió y mandó cerrar la escuela.

Tal era la filosofia que á la sazón ocupaba las aulas, estraviaba la razon, y fatigaba los talentos, causando en la sociedad un cúmulo de males gravísimos, á cuyo remedio ocurrió el cristianismo: los sacerdotes, los obispos de Cristo, ansiosos de establecer el imperio de la buena filosofia basada

en la razon y el discurso, resucitaron unos la doctrina filosófica de Platon, y otros la de Aristóteles, infinitamente mas racionalistas que el impuro neoplatonismo, y merced á esta lucha empeñada, á esta pugna, entraron en la senda de la discusion, y pusieron á la filosofia en el camino de ser lo que es hoy y será mañana; pues si abrieron á la ciencia un progreso civilizador, al par que verdaderamente ilustrador, y por consiguiente la hicieron despertar del marasmo que la aproximaba á la tumba, y cuyo estado tan bien espresa S. Gerónimo con estas palabras: "¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos hay ahora que conozcan los escritos y el nombre de Platon? Apenas se encontrarán algunos ancianos ociosos que se entretengan en un rincon con su lectura, á la par que nuestros apóstoles, hombres toscos, nuestros pescadores de hombres, son conocidos y citados en todo el universo. "Estos hombres toscos, los herederos de estos sencillos pescadores son los que prestan un servicio inmenso á la filosofia, encarnando en los escritos de Platon y Aristóteles la doctrina del Evangelio, y hermanando la ciencia con la religion, para que auxiliándose mutuamente triunfasen de la ignorancia que sostenia el vicio, y de la iniquidad que protegía el embrutecimiento y la barbarie. Ya tendremos ocasion de contemplar cuánto ha contribuido el clero á elevar la filosofia, y cómo esta nave combatida por las olas

de la estupidez, en el mar de la ignorancia, solo pudo encontrar en la Iglesia su único puesto y en el clero sus mejores y mas ilustrados salvadores.

Sin embargo, no podemos menos de advertir que en aquellos solemnes momentos en que luchan dos civilizaciones, cuando la pugna balancea y las fuerzas se neutralizan, cuando amigos y enemigos acuden á sus respectivas banderas, y empuñan las armas para defender sus principios, es poco menos que imposible encontrar la verdad, porque todos los escritos están recalcados é impregnados del espíritu que anima su autor, del fin que le conduce, y en una palabra, hay todo en ellos menos sinceridad, y abundan mas en pasiones que en virtud. A medida que un escritor es idólatra, ó cristiano, juzga á los demas con arreglo á su punto de vista, y ensalza hasta las nubes ó rebaja hasta el lodo los individuos, segun el bien ó el mal que hicieron á su partido. ¿Cómo, pues, á vista de esto narrar con orden y verdad los sucesos? ¿Cómo fijar una mirada firme y escudriñadora en medio de tantos desastres, entre aquella molicie de inteligencias, entre aquel abatimiento y desorden de espíritus? ¿Qué confianza se puede tener mañana, viendo desmoronarse la sociedad, sin tener un barómetro que indique quién se levantará sobre sus ruinas? Los bárbaros en sus agrestes invasiones no dejaban entre-

ver mas que la agitacion del caos, ó el impulso de un azar ciego é inexorable. Maldecirlos era peligroso; celebrar sus triunfos cobardía; el único medio, pues, que habia, era enmudecer y cerrar los ojos.

Así es que todas las historias de aquel tiempo nos ofrecen aridez, nos revelan miedo y nos pintan el triste estado de un pueblo que de señor se habia convertido en esclavo, cambiando la púrpura por las cadenas, por la dignidad la bajeza, por el valor la cobardía, y aquel orgullo con que aherrerojaba los pueblos y esclavizaba los reyes por una adulacion miserable y una estremada molicie; así, pues, los historiadores solo nos ofrecen cuadros lánguidos hasta que los sacerdotes toman sobre sí este trabajo, y hacen brillar la verdad conservándonos la historia. Víctor nos pinta con la aridez del disgusto, los sucesos ocurridos en las Galias desde Augusto á Juliano, nos dá las vidas de los romanos ilustres, y extractando á Flacco, Verino, Pietos, Maces, Varron, César, Tuberon y los anales de los pontífices, confeccionó su *Orígen de la nacion romana*, que sin mérito le valió honores, dignidades, y hasta una estatua. Más afortunado que él, Eutropio, con un estilo fácil, sencillo y castizo, y con bastante fondo de verdad, escribió su *Breviario de la historia romana* en diez libros. Rufo escribe de órden de Valentiniano, un cuadro de las victorias y provincias del pueblo

romano, terminado por un opúsculo en que describe los monumentos y edificios de Roma. Proxágoras prodigó elogios á Constantino, y Eunapio fué su detractor; en sus respectivas historias Olimpidoro continuó la de éste á contar desde 405 á 415. Prisco escribió las guerras de Attila y la historia omnímoda desde Jesucristo, dedicada por Flavio Dextro á S. Gerónimo, que le correspondió con su catálogo de los escritores eclesiásticos. De Eunapio nos quedan las vidas de los filósofos y sofistas, y de Heriquio el cuadro histórico de los sabios ilustres.

Al leer estas historias no puede menos el hombre pensador de reconocer la falta de vida que se nota en cuanto emprendian los paganos; ellas carecen de criterio, de filosofia, y solo abundan en hechos insustanciales, en vulgaridades, en preocupaciones, y las mas veces en invectivas contra el cristianismo á quien culpaban de la ruina del imperio: hombres materiales, sin ningun fin en sus obras, sin plan ni método alguno; si narran hechos los adulteran casi siempre, y si los cuentan tal cual sucedieron, no saben deducir de ellos consecuencias para el porvenir, ni los analizan de modo que llegando á depurarlos pongan de manifesto las causas que los produjeron; semejantes al médico que no conociendo las causas que debilitan la salud del enfermo, pasan á su vista desapercibidos los fenómenos y los síntomas de la

enfermedad, y le apura y fatiga no sirviendo sus cuidados de otra cosa que de prolongar mas la agonía del paciente, sin haber sacado ninguna luz, ningun conocimiento de aquel suceso en favor de la humanidad, que puede preservar al hombre, ni contribuir á arrebatár víctimas al sepulcro; así los hechos que narran los escritores, como ni han profundizado, ni conocido las causas que los producen, carecen de utilidad para el porvenir. Sin embargo, en medio de esta general decadencia aun vemos á Polibio narrar los acontecimientos que produjeron la grandeza de Roma, y á Zozimo, los que motivaron su ruina; dos lumbreras son estas en medio del caos general, que dan algun brillo á aquel siglo de ignorancia en esta materia. En sus obras, si bien falta cronología tan útil á esta ciencia, se nota que escogen juiciosamente y coordinan los sucesos, que se remontan á las causas y señalan sus consecuencias, y se ve que poseen el conocimiento de los hombres, y el de los resortes que los ponen en movimiento, y dan energía á los gobiernos, siendo de lastimar que su odio al cristianismo los haga injustos y faltos de imparcialidad. Tambien Amiano Marcelino continuó á Tácito, y aunque inferior á los anteriores, y dejándose arrebatár por digresiones fútiles, se olvida de circunstancias graves, y aunque aficionado á la idolatría tiene bastante rectitud para no declararse hostil al cristianismo, y así es que des-

aprueba igualmente las locuras de Juliano como la intolerancia de Constancio.

A los historiadores cristianos tocaba en esto, como en todo, regenerar el mundo, y el clero tomó á su cargo dar impulso á esta ciencia tan útil en todos conceptos al hombre, introducir en ella la filosofía y sujetarla á reglas que la hicieran mirar como término un objeto humanitario y civilizador. S. Gerónimo nos escribe sus anales, y en la historia aparece ya un lugar destinado á los sabios; su escrito está lleno de filosofía, hay animación en las descripciones, y un fin moral en la deducción de los hechos. Idacio, obispo de Galicia, se propone continuar á S. Gerónimo, compila los escritores hasta Valentiniano, y despues como testigo ocular los hechos, y con tal verdad, con tal exactitud, que su relato es el de un político que habiendo intervenido en los negocios mas delicados, los manifiesta con todas las circunstancias que pueden esclarecerlos, de tal modo que sin él la historia de los godos, la de los suevos, y la de toda España yaceria envuelta en los misteriosos celajes del tiempo: hay mas; es el primero que observa cronología, disponiendo las fiestas por olimpiadas segun los años de cada reinado. Tambien escribió una crónica y trazó los fastos consulares hasta el año 468 de Jesucristo. Estas obras son ya las de un filósofo que analiza, las de un político que discurre, las del hombre, en fin, que no

se propone adular, ni corromper, sino ser útil á sus semejantes y al mundo con su trabajo.

Al lado de éste aparece el autor de la obra *Noticia de las dignidades civiles y militares del Oriente y del Occidente*: tambien eclesiástico como el anterior, filósofo y político como él, tambien como él contribuyó al encumbramiento de la ciencia, y en su obra da á conocer la condicion civil y política del imperio despues de Constantino, al par que nos abre paso para el estudio del derecho. De este modo, de uno en otro se aumenta la importancia de los historiadores eclesiásticos, y la historia sale de su insignificancia, y cada vez adquiere mas interes y hace mas progresos en sus adelantos sociales, refluendo en favor de la humanidad, cuyo remedio jamas antes habia procurado, y cuyos derechos hoy se proponia consignar.

Ya hemos hablado de Eusebio de Cesarea, y hemos anotado que fué el primero que separó la historia de la rutinaria direccion que le dieran los aduladores que la prostituyeron: Rufino, sacerdote de Aquilea, la tradujo al latin y la continuó hasta Gregorio el Grande. Filostozgo de Capadocia, filósofo y astrónomo, escribió una historia eclesiástica desde el nacimiento del arrianismo; es útil por mas que su estilo sea ampuloso. Las de Felipe de Sida y Heriquio de Jerusalem se han perdido, pero queda la de Gelasio el jóven que bosquejó las vicisitudes de la Iglesia desde el con-

cilio de Nicea hasta la muerte de Constantino. Siguióse Sócrates, imitador primero de Rufino, de quien se separó para dejarnos una historia, si bien poco teológica, escrita con mucho juicio y en un estilo sencillo. Hermias Sozomenes con menos rectitud y mas elegancia, la refundió, y es uno de los admiradores de la vida de los anacoretas; esta obra fué continuada por Evagrio de Epifania; siguieron Juan de Egea, el retórico Zacarías, el anagnosta Teodoro, Leoncio de Bizancio, inferiores á los precedentes, pero que no carecen de intereses.

Llegamos á Teodoreto, obispo de Ciro, el historiador de su siglo; escribió la historia eclesiástica, que comprende desde el año 325 al 429, espuso todas las herejías en cinco libros, con un método y orden admirable; orador instruido, escritor erudito, pinta con escrupulosidad los sucesos, dá mas ensanche á sus miras y evita los errores en que los otros incurrieron. Tambien escribió la vida de treinta ermitaños, en lo que le imitó Paladio; sus trabajos son filosóficos, y revelan la sociedad y el carácter de los hombres que describe; despues Sulpicio Severo de Aquitania, discípulo de S. Martin, escribió la vida de éste con tal prueba de diction y elegancia, que le ha valido el renombre del Salustio cristiano. Así como por el relato de las obras de los paganos conocemos la decadencia de la historia, del mismo modo por la lec-